

El atroz encanto de ser argentinos

Marcos Aguinis

(Buenos Aires, Planeta, 2001), 253 págs. (Decimotercera edición).

Libros

Desde el oxímoron de su título, *El atroz encanto de ser argentinos* pareciera escrito al compás de la crítica situación sociopolítica y económica del vecino país.

Sin embargo, no es un libro de coyuntura. Marcos Aguinis –Premio Planeta por su célebre novela *La gesta del marrano*–, lo terminó antes del fin del milenio. Hasta podría estimarse que fue pensado para actualizar su anterior ensayo, *Un país de novela*, compuesto bajo un burlón epígrafe de Enrique Santos Discépolo: “El nuestro es un país que tiene que salir de gira”.

Ambos libros, y éste más que aquél, expresan el desgarrado estado de alma de la intelectualidad argentina: de una parte, el dolor patriótico por un país objetiva y subjetivamente importante, que no logra superar sus depresiones cíclicas; de otra –y esto puede decirse con aire de tango–, la esperanza humilde de romper la fatalidad de esa cadencia.

Aguinis tenía muy clara esa ambivalencia sentimental y así lo advirtió epistolarmente a este comentarista, antes de que apareciera la primera edición (ya van quince) de su obra: “Es un libro muy crítico, como deriva del título paradójico, pero con oxígeno de esperanzas”. Seguramente, fue él quien optó por una ilustración de carátula que evoca el mito de Sísifo.

Desde luego, la parte crítica de Aguinis pesa mucho más. Se caplaya en ocho de nueve capítulos, en los cuales el dolor no se

vuelca en lágrimas, sino en la clásica ironía autoflagelante de su estirpe. Ésa que supera, desde la frustración ilustrada, todas las burlas propias del antiargentinismo ramplón que se emiten desde la malquerencia.

En el primero de esos capítulos está la perspectiva en *off* del país. La de aquellos extranjeros que han expresado su estupor ante la prolongada coexistencia de un binomio eventualmente incompatible: el potencial enorme de desarrollo y la realidad hilvanada por bonanzas de plata dulce y cacerolazos con pregón de piqueteros. Una percepción estampada en la ironía lapidaria de Mario Moreno (Cantinflas): “Argentina está compuesta por millones de habitantes que quieren hundirla, pero no lo logran”.

A partir de ese testimonio foráneo, viene la denuncia endógena del país invertebrado, con eje en el individualismo antisocial. Ése que se identifica con los ídolos del deporte, del tango y de la política. En ese orden, que es toda una jerarquía. Quizás por ello, a Aguinis le resulta más fácil bucear en la mitología de Carlos Gardel, apuntar contra el fascismo mussoliniano de Perón o criticar la gestión de Carlos Saúl Menem, que hundir el escalpelo en las hazañas extrafutbolísticas de Maradona. Algún límite tenía que imponerse.

Sin embargo, tal autolimitación no le impide una cirugía invasiva y audaz (digamos, de paso, que Aguinis también es médico) del pícaro argentino. Ese “vivo” de los *comics* y esos “figurettis” de la televisión, que reflejan –Aguinis *dixit*– “una egolatría con pies de barro”. En esta línea de análisis hace un aporte politológico de la mayor importancia, al proyectarlo hasta su límite teratológico. Esto es, al descubrir a ese pícaro tras la metodología represiva de la última dictadura militar en su país. Su textual tesis es que “la entidad horrible llamada *desaparecidos*” fue una “expresión trágica de la estructural viveza criolla”.

Luego, tras pasar revista al decaimiento de la *Universidad* pública, a la crisis sistémica de la economía, a la corrupción de las burocracias y del lenguaje, parecía imprescindible que Aguinis terminara su libro con un capítulo de esperanza. Como si quisiera decir a sus lectores que, sin una lucecita al final, lo más lógico sería culminar la obra con una apología del suicidio *camusiano*.

Por cierto, en esta parte no necesitó ser innovador. Todos sabemos que lo que sobra, en el vecino país, son los elementos po-

Libros

sitivos de una propuesta que sigue en estado de ejecución pendiente. Cualquier lector informado conoce el discurso sobre los recursos inagotables de la pampa húmeda, la rica base cultural de Argentina, el patriotismo conmovedor de su tejido social no gubernamental y la suprema inteligencia que se expresa en el humor autocrítico de su pueblo.

En resumidas cuentas, éste es el libro de un gran literato, que también debieran conocer los científicos sociales. Básicamente, porque, a propósito de un gran vecino en crisis, brinda un diagnóstico sin esoterismos y muestra una salida sin utopismos.

José Rodríguez Elizondo